

# Miguel González Avelar

5.9 x 10<sup>27</sup>

alados. Y sí, quiere ir vestido de griego.

Toma a Milly liviana: camina con ella en los brazos por el sendero en pendiente; llegan a unas ramas que vieron un día en el cerro (las nubes vistas boca arriba y los aviones inimitables, las ramas entre ellos; y tenían sueño al mediodía; como gatos, jugando soñolientos).

—Es de madera.

—Qué.

—El corazón. Es de madera.

—Sí...

—Suena todas las noches, cuando te apoyas y pones la oreja y duermes.

—¿De dónde?

—La traen del bosque. Es una madera muy fina. Color caoba. Es de caoba y le sacan tablillas, pedacitos cafés muy olorosos.

—Entonces es como una cajita.

—Que suena, pero es muy frágil. Necesita que la aplastes con tu oído para que no se despegue.

—Me gusta besarte los vellos del pecho. Son las raíces del corazón.

—Sí.

—Son las ramas; parece que abajo hay agua y corren las burbujas. No es como el de los gatos, corazón de juguete; pero no me deja dormir.

—Muévete.

—No.

—Duérmete.

La extiende y mira que duerme; ella respira cada vez menos y sonrío tierna, helada, fija en sus brazos.

Las hojas que ve caer las pega enlodadas sobre sus mejillas.

El día. La pesadumbre y el abrigo militar lo maniatan frente al pequeño valle iluminado. Lo que mira desde el terraplén y el principio de las lomas amanece solo, deshabitado. Apenas unos ruidos distantes delatan de alguna manera la presencia de la ciudad. También la casona se descubre blanca entre los árboles. Se ve como un cajón de madera pintado de cal. Trata de esclarecer el término de su sueño, de su estar dormido al iniciarse la noche anterior y el motivo que lo ha expulsado a vagar en la noche, en los campos adyacentes al río seco, la vía del ferrocarril y la casita del guardagujas. Y ahora, porque esto le está sucediendo ayer, se abriga un poco dentro del abrigo verde mientras se aleja más y más de aquella visión. Árboles y huertas desaparecen cuando ya lleva caminados varios tramos de la vía, cuando se da a caminar por debajo del terraplén rumbo al cerro porque allá arriba, en la punta del cerro, se está más cerca de los aviones.

Transcribo enseguida algunas notas que encontré en los papeles de Laura. Laura es una mujer laboriosa en extremo y aunque enemiga de homenajes, sorprende que no diera a estos apuntes una redacción definitiva; bien terminados le acarrearían sin duda su ingreso a la Academia, en plenitud de derechos como el más docto varón. Dicen así:

“31 de diciembre

He dudado varios días si un artículo filosófico o una disertación científica es la forma que contendrá mejor a mi hallazgo; pero advertida de que los hombres nos niegan capacidad para una y otra y todas las cosas, creo que ni siquiera se ocuparían en leerlos. Al final de cuentas creo que es mejor presentar un informe escrito de corrido y sin mayores pretensiones”.

“10 de enero

La masa de la tierra, se asegura, es del orden de 5.93 multiplicados por diez a la veintisiete gramos. Si desestimamos la muy pequeña diferencia que hay para cerrar la cantidad en 6 y agregamos luego los 27 ceros, obtenemos la decorosa magnitud de seis mil trillones de toneladas para la masa terrestre.

Este es el peso, nada menos, que el ingenioso Arquímedes se proponía pulsar cuando dijo: *dadme un punto de apoyo y moveré al mundo*”.

“10 de enero

La verdad es que Arquímedes no sabía en dónde tenía la cabeza cuando se propuso una empresa tan desproporcionada; y si con esta posibilidad fue más feliz aún que cuando el ¡eureka! se debe a que no midió realmente sus fuerzas o abandonó los cálculos correspondientes. Veamos si no: para elevar del suelo una tonelada a la altura de diez centímetros, sería preciso disponer de una palanca como de 10 metros y aplicar en su extremo una fuerza de 100 kilos, pero...”

“12 de febrero

Me felicito de poder pensar otra vez en el problema de Arquímedes. Hace un mes quedó establecido que tenía que mover —¿dónde dejé mis notas?— seis mil trillones de toneladas. Esto quiere decir que la pértiga que se necesita, suponiendo, claro, que sea absolutamente rígida y que no pese absolutamente nada, debe medir unos seis mil cuatrillones de kilómetros; luego tendría que aplicar en el lejanísimo extremo, más allá del sistema planetario, una fuerza como de 75 kilos”.

*"16 de marzo*

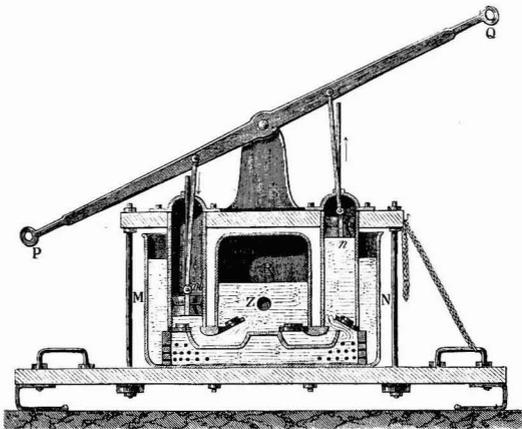
¿Pesará Arquímedes 75 kilos? Es posible y aún probable que más. Imaginémoslo pues sentado en la orilla de la barra, colgado casi de los cuernos de una luna ignorada todavía y envuelto en el más perfecto silencio celestial.

Este momento de una perfección inefable, señala el equilibrio exacto entre la masa del geómetra —carne, huesos, sangre— y el poderoso volumen de océanos, montañas y desiertos hechos bola que allá abajo se agitan con el estertor de una agonía de primer orden".

*"2 de junio*

Si mis cálculos son correctos, bastaría ahora con que Arquímedes se sangoloteara un poco para sacar la tierra de quicio; no obstante, démosle generosamente cien kilómetros más a su infinita palanca para no dudar de que comienza a caer en el pozo inmenso del Universo. Allá muy lejos, en el otro extremo de este amplísimo balancín, la tierra comenzará a elevarse por el impulso de un hombre común y corriente. Aquí es donde veo la gravedad del problema y juzgo que 75 Kg. son insuficientes para concluir el experimento.

El sabio de Siracusa está, en efecto, a una altura inverosímil respecto del plano de la Tierra; su palanca se apoya en la base del polo sur, en las regiones de los epónimos Byrd Amundsen, Hillary y Scott; el punto de apoyo para este artificio es un taquete como de cien kilómetros de alto, colocado a la distancia de un radio terrestre; la elevación del equilibrista es pues de un grado de circunferencia; sólo que transportando este ángulo hasta la prodigiosa altura



en que está izado el terrícola resulta que la distancia que hay desde allí hasta el plano de la Tierra entra en el orden de magnitud de los años luz".

*"21 de junio*

Sospecho que Arquímedes anda manoseando mis cajones. Aunque le tengo dicho que no se entrometa en lo que considero más importante, como son estas búsquedas, estoy segura de que cada vez que puede se pone a fisgar mis intimidades científicas. Esconderé mejor".

*"5 de julio*

Tan fuera de la tierra se encuentra Arquímedes, que aún suponiéndolo caer libremente, con un movimiento uniformemente acelerado que empujara a la Tierra sin remedio, le llevaría tanto tiempo nivelarse con ella que en el trayecto perdería uno por uno los cabellos, los dientes, el entusiasmo y la salud, y acabaría por morir totalmente más o menos a un tercio del camino.

"Bien se ve que hay hazañas que no puede cumplir el hombre más empeñoso — sirva esto de consuelo para Arquímedes. Y conste que he simplificado los problemas hasta el máximo: porque desde el comienzo nos movimos en el pantano de las variables. Y es que ¿pesa realmente la Tierra? El punto fijo de apoyo ¿existe? Arquímedes ¿se atrevería hasta allá arriba?"

Hasta aquí los papeles de Laura. Mañana le sugeriré un colofón casi inevitable: Arquímedes fue acuchillado por un bárbaro, mientras despejaba penosamente algunas incógnitas desplegadas sobre una mesa de mosaicos sicilianos.

